PRUEBA DE DIAGNÓSTICO NM1

PLATAFORMA SOCRATIVE

**TEXTOS Y NÚMERO DE PREGUNTAS**

**ITEM 1. COMPRENSIÓN DE TEXTOS LITERARIOS Y NO LITERARIOS**

**TEXTO 1**

**Preguntas: 1-5**

En Valencia con los suyos vivía el Campeador;

Con él estaban sus yernos, Infantes de Carrión.

Un día que el Cid dormía en su escaño, sin temor,

un mal sobresalto entonces, sabed, les aconteció:

Escapose de una jaula, saliendo fuera, un león.

Los que estaban en la Corte sintieron un gran temor;

recogiéronse sus mantos los del buen Campeador,

y rodean el escaño en guarda de su señor.

Allí Fernando González, infante de Carrión,

ni en las salas ni en la torre ningún refugio encontró;

metiose bajo el escaño, tan grande fue su pavor.

Diego González, el otro, por la puerta se salió diciendo con grandes gritos:

-¡Ay, que no veré Carrión!

Tras la viga de un lagar metiose con gran temor;

todo el manto y el brial sucios de allí los sacó.

En esto que se despierta el que en buen hora nació;

de sus mejores guerreros cercado el escaño vio:

-¿Qué pasa aquí, mis mesnadas? ¿Qué queréis? ¿Qué aconteció?

-Es que, mi señor honrado, un susto nos dio el león.

Apoyándose en el codo, en pie el Cid se levantó:

El manto se pone al cuello y encaminose al león.

La fiera, cuando vio al Cid, al punto se avergonzó;

allí bajó la cabeza, y ante él su faz humilló.

Nuestro Cid Rodrigo Díaz por el cuello lo tomó,

y lo lleva de la mano, y en la jaula lo metió.

A maravilla lo tiene todo el que lo contempló.

Volviéronse hacia la sala donde tienen la reunión.

Por sus dos yernos Rodrigo preguntó, y no los halló;

aunque a gritos los llamaban, ni uno ni otro respondió,

y cuando los encontraron, los hallaron sin color.

No vieseis allí qué burlas hubo en aquella ocasión;

mandó que tal no se hiciese nuestro Cid Campeador.

Sintiéronse avergonzados Infantes de Carrión;

fiera deshonra les pesa de lo que les ocurrió.

Anónimo. Poema del mío Cid (Versión de Francisco López Estrada.)

**TEXTO 2**

**Preguntas: 6-12**

**Homero**

**Canto XII**

Al poco rato de haber dejado atrás la isla de las sirenas, vi humo e ingentes' olas y percibí fuerte estruendo. A los míos, presas del miedo, los remos se les fueron de las manos y cayeron en la corriente, y la nave-sé detuvo, porque ya los brazos no batían las largas palas. Al momento recorrí la embarcación y amonesté a los compañeros, acercándome a ellos y hablándoles con dulces palabras:

Odiseo: ¡Oh, amigos! No somos novatos en padecer desgracias, y la que se nos presenta no es mayor que la experimentada cuando el Cíclope, valiéndose de su poderosa fuerza, nos encerró en la excavada gruta. Pero de allí nos escapamos también por mi valor, decisión y prudencia, como me figuro que todos recordaréis. Ahora, pues, hagamos todos lo que voy a decir: vosotros, sentados en los bancos, batid con los remos las grandes olas del mar, por si acaso Zeus nos concede que escapemos de esta desgracia librándonos de la muerte. Y a ti, piloto, voy a darte una orden que fijarás en tu memoria, puesto que gobiernas el timón de la cóncava nave: apártala de ese humo y de esas olas, y procura acercarla al escollo'; no sea que la nave se lance allá, sin que tú lo adviertas y a todos nos lleve a la ruina.

Así les dije; y obedecieron sin tardanza mi mandato. No les hablé de Escila', peligro inevitable, para que los compañeros no dejaran de remar, escondiéndose dentro del navío. Olvidé entonces la recomendación de Circe de que no me armase en ningún modo; y, poniéndome la magnífica armadura, tomé dos grandes lanzas y subí al tablado de proa, lugar donde esperaba ver primeramente a la pétrea Escila, que iba a producir tal estrago en mis compañeros. Mas no pude verla en lado alguno y mis ojos se cansaron de mirar a todas partes, registrando la oscura peña.

Pasábamos el estrecho llorando, pues a un lado estaba Escila y al otro la divina Caribdis4, que sorbía de horrible manera la salobre agua del mar. [... 11 El pálido temor se adueñó de los míos, y mientras contemplábamos a Caribdis, temerosos de la muerte, Escila me arrebató de la cóncava embarcación los seis compañeros que más sobresalían por sus manos y por su fuerza. Cuando quise volver los ojos a la velera nave y a los amigos, ya vi en el aire los pies y las manos de los que eran arrebatados a lo alto y me llamaban con el corazón afligido, pronunciando mi nombre por última vez. De todo lo que padecí, peregrinando por el mar, fue este espectáculo el más lastimoso que vieron mis ojos.

Después que nos hubimos escapado de aquellas rocas, de la horrenda Caribdis y de Escila, llegamos muy pronto a la intachable isla del dios, donde estaban las hermosas vacas de ancha frente, y muchas lustrosas ovejas del Sol, hijo de Hiperión. Desde el mar en la negra nave, oí el mugido de las vacas encerradas en los establos y el balido de las ovejas, y me acordé de las palabras del vate ciego Tiresias, y de Circe de Eea, los cuales me encargaron reiteradamente que huyese de la isla del Sol, que alegra a los mortales.

Homero (1999). Odisea. Santiago: Santíllana. (Fragmento).

**1. Ingente: enorme, desproporcionado.**

**2. Escollo: peñascos, muro de piedra.**

**3. Escila: en la mitología griega, monstruo marino de varias cabezas.**

**4. Caribdis: en la mitología griega, monstruo marino que tragaba y devolvía enormes cantidades de agua adoptando la forma de un terrible remolino.**

**TEXTO 3**

**Preguntas: 13-15**

SOLO EN LA OSCURIDAD

Ramón Díaz Etérovic

 Ningún crimen huele bien y el de Laura lo hacía peor que cualquier otro que hubiese conocido en los últimos meses. Casi podía ver sus ojos mirando al infinito y su imagen atemorizada revivió en mi memoria. Solís no me dejaría salir a corretear al asesino de Laura sin que antes le contara un buen cuento. Decidí sincerarme y le dije lo que sabía. Mi encuentro con Laura, su estancia en mi departamento, su miedo, el viaje a Buenos Aires y su promesa de llamarme el lunes. Le conté todo, menos lo de la caja de seguridad.

—No me ilumina mucho tu historia, Heredia.

—Es todo lo que sé.

—Y nadie parece saber más. El encargado del hotel no vio nada, y el único amigo de la azafata que conseguimos ubicar todavía no sale del asombro.

—¿Qué amigo?

—¿Quieres saberlo? ¿Piensas meter tu narizota en el asunto?

—¿Qué amigo? —insistí.

—Javier Ferrada. La noche del crimen la fue a visitar. En la recepción pidió hablar con ella. El encargado llamó a la habitación y como nadie contestó, supuso que Laura Suárez no había llegado aún. Ferrada le encargó que la informara de su visita, y por eso dimos con él. Su nombre estaba anotado en el cuaderno de recados.

—Y por cierto que si ese tipo fuera el asesino, no habría registrado su nombre para que lo encontraran a la primera pesquisa.

—Además cuenta con una buena coartada. Estuvo toda la noche en un antro que se llama "El Fortín". Hay una docena de mugrosos que aseguran haber estado bebiendo con él hasta el amanecer. Ferrada dice ser poeta y es conocido como tal en ese bar.

—Lo que es casi decir el patio de su casa.

—No sé mucho de eso.

—Ni falta que te hace —contesté. En el hotel puede haber otros antecedentes, otras visitas, algún extraño.

—No agites tu imaginación, Heredia. El hotel era una taza de leche a la hora del crimen.

—¿Averiguaste si Laura tiene familia?

Díaz, R. (2003). *Solo en la oscuridad*

**TEXTO 4**

**Preguntas: 16-19**

El pozo y el péndulo

Edgar Allan Poe

1. ―No había abierto los ojos hasta ese momento. Pero sentía que estaba tendido de espaldas y sin ataduras. Extendí la mano y pesadamente cayó sobre algo húmedo y duro. Durante algunos minutos la dejé descansar así, haciendo esfuerzos por adivinar dónde podía encontrarme y lo que había sido de mí.

Sentía una gran impaciencia por hacer uso de mis ojos, pero no me atreví.

Tenía miedo de la primera mirada sobre las cosas que me rodeaban. No es que me aterrorizara contemplar cosas horribles, sino que me aterraba la idea de no ver nada.

2. A la larga, con una loca angustia en el corazón, abrí rápidamente los ojos. Mi espantoso pensamiento hallábase, pues, confirmado. Me rodeaba la negrura de la noche eterna. Me parecía que la intensidad de las tinieblas me oprimía y me sofocaba. La atmósfera era intolerablemente pesada. Continué acostado tranquilamente e hice un esfuerzo por emplear mi razón. Recordé los procedimientos inquisitoriales, y, partiendo de esto, procuré deducir mi posición verdadera. Había sido pronunciada la sentencia y me parecía que desde entonces había transcurrido un largo intervalo de tiempo. No obstante, ni un solo momento imaginé que estuviera realmente muerto.

3. A pesar de todas las ficciones literarias, semejante idea es absolutamente incompatible con la existencia real. Pero, ¿dónde me encontraba y cuál era mi estado? Sabía que los condenados a muerte morían con frecuencia en los autos de fe. La misma tarde del día de mi juicio habíase celebrado una solemnidad de esta especie. ¿Me habían llevado, acaso, de nuevo a mi calabozo para aguardar en él el próximo sacrificio que había de celebrarse meses más tarde? Desde el principio comprendí que esto no podía ser. Inmediatamente había sido puesto en requerimiento el contingente de víctimas. Por otra parte, mi primer calabozo, como todas las celdas de los condenados, en Toledo, estaba empedrado y había en él alguna luz.

4. Repentinamente, una horrible idea aceleró mi sangre en torrentes hacia mi corazón, y durante unos instantes caí de nuevo en mi insensibilidad. Al volver en mí, de un solo movimiento me levanté sobre mis pies, temblando convulsivamente en cada fibra. Desatinadamente, extendí mis brazos por encima de mi cabeza y a mi alrededor, en todas direcciones. No sentí nada. No obstante, temblaba ante la idea de dar un paso, pero me daba miedo tropezar contra los muros de mi tumba. Brotaba el sudor por todos mis poros, y en gruesas gotas frías se detenía sobre mi frente. A la larga, se me hizo intolerable la agonía de la incertidumbre y avancé con precaución, extendiendo los brazos y con los ojos fuera de sus órbitas, con la esperanza de hallar un débil rayo de luz. Di algunos pasos, pero todo estaba vacío y negro. Respiré con mayor libertad. Por fin, me pareció evidente que el destino que me habían reservado no era el más espantoso de todos‖.

 Edgard Allan Poe, El pozo y el péndulo (fragmento).

**TEXTO 5**

**Preguntas: 20-22**

“Con diez cañones por banda

Viento en popa a toda vela

No corta el mar, sino vuela,

Mi velero bergantín;

Bajel pirata le llaman

Por su bravura el Temido

En todo el mar conocido

Del uno al otro confín

Que es mi barco mi tesoro

Que es mi Dios la libertad

Mi ley, la fuerza y el viento

Mi única patria es la mar”

Espronceda. Canción del Pirata

**20. En el poema anterior, el temple de ánimo del hablante es:**

A) tristeza y añoranza del mar

B) ansias de libertad

C) orgullo y rebeldía

D) inquietud

**21. La actitud lírica es:**

I. Carmínica

II. Apostrófica

III. Enunciativa

A) I

B) II

C) III

D) I-III

**22. El motivo lírico de los versos leídos:**

A) el patriotismo

B) el naufragio de la existencia humana

C) el valor de la libertad y confianza en el yo

D) la piratería

**TEXTO 6**

**Preguntas: 23-25**

**“Juventud divino tesoro**

¡ ya te vas para no volver!

Cuando quiero llorar, no lloro

Y a veces lloro sin querer

En vano busqué a la princesa

Que estaba triste de esperar

La vida es dura amarga y pesa

¡Ya no hay princesa que cantar!

Mas a pesar del tiempo terco

Mi sed de amor no tiene fin

Con el cabello gris, me acerco

A los rosales del jardín

**Juventud, divino tesoro**

¡ Te vas para no volver!

Cuando quiero llorar, no lloro

Y a veces lloro, sin querer

¡Mas es mía el alba de oro!

R. Darío Canción de Otoño

**TEXTO 7**

**Preguntas: 26-33**

El almohadón de plumas

Horacio Quiroga

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Ella lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin darlo a conocer.

Durante tres meses –se habían casado en abril- vivieron una dicha especial.

Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían influía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso –frisos, columnas y estatuas de mármol- producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra.

Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

-No sé –le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja-. Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada… Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin oír el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, mirando a su mujer cada vez que caminaba en su dirección.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

-¡Jordán! ¡Jordán! –clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

-¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravió, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y siguieron al comedor.

-Pst… –se encogió de hombros desalentado su médico-. Es un caso serio… poco hay que hacer…

-¡Sólo eso me faltaba! –resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas alas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aún que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha.

Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el rumor ahogado de los eternos pasos de Jordán.

Alicia murió, por fin. La sirvienta, que entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

-¡Señor! –llamó a Jordán en voz baja-. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente Y se dobló a su vez. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

-Parecen picaduras –murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

-Levántelo a la luz –le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

-¿Qué hay? –murmuró con la voz ronca.

-Pesa mucho -articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca –su trompa, mejor dicho- a las sienes de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón había impedido sin duda su desarrollo, pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

**TEXTO 8**

**Preguntas: 34-38**

**Un desafío para los ambientalistas**

**Por Felipe Cubillos**

Los temas ambientales suelen ser uno de los asuntos de discusión más relevantes para la sociedad chilena, y parece conveniente que así ocurra. Es que no tiene mayor sentido fomentar el crecimiento económico si de paso afectamos irreversiblemente nuestro medio ambiente, dejando secuelas insalvables para las generaciones actuales y futuras de nuestro país.

En la discusión ambiental se enfrentan usualmente posiciones antagónicas entre empresas, por una parte, y organizaciones ambientalistas, por otra, y lo más probable, como suele ocurrir en casi todos los temas, es que ambos sectores tengan parte de la verdad. Ahí es donde debe entrar a participar la autoridad política para dirimir esos conflictos.

En el último tiempo hemos visto este tipo de enfrentamiento por proyectos que todavía no se construyen. Me llama la atención, porque, en cambio, no estamos haciendo nada, o muy poco, por un problema real que está afectando seriamente nuestro mar.

Es que quizás, como no hay empresarios a quienes responsabilizar, pareciera ser no tan «políticamente correcto» hacer algo por este asunto. Pero no porque no haya responsables vamos a dejar de hacer algo. Me refiero al maremoto y su efecto ambiental en las costas de la Séptima y Octava Región, y en la isla Juan Fernández.

Cuando veo la enorme cantidad de recursos disponibles, tanto comunicacionales como financieros (de ambas partes) para atacar o defender algunas causas, me gustaría que una fracción de ellos se usara para limpiar el fondo marino de esas zonas, que se encuentra muy contaminado por los efectos del maremoto. Para decirlo en términos simples, esa costa está llena de basura y, si no hacemos algo, seguirá así, y ello irremediablemente afectará la vida marítima y la calidad de las aguas en el borde costero.

Esta es una linda oportunidad para que todos aquellos que de verdad les interesa la defensa del medio ambiente acuático se vuelquen a ayudar; es cierto, quizás no tendrá el glamour ni la difusión en los medios, ni la convocatoria masiva, pero el efecto sobre la calidad del medio ambiente será notable.

Con lo potentes que son las organizaciones ambientalistas chilenas —muchas de ellas con fuertes vínculos con importantes ONG internacionales, y con acceso por lo tanto a grandes recursos monetarios—, hubiera esperado que ellas “naturalmente” se hubiesen volcado a limpiar el fondo marino, pero parece ser, una vez más, que nuestra sociedad todavía espera que el Estado lo haga. ¿No será tiempo de dejarnos de criticar tanto al Estado por su incapacidad de resolver todos los temas de la sociedad y, en vez de eso, asumir que los problemas son nuestros y las soluciones también?

En Desafío levantemos Chile, como somos gente de acción, y después de que ya han pasado 7 meses de ese fatídico maremoto, y dado que se ha hecho muy poco, hemos decidido asumir la pega. La próxima semana parte un contingente de buzos a la isla Juan Fernández a limpiar el fondo marino; nos apoyan la empresa minera Collahuasi, Líder, Honda y la Armada de Chile.

Sería bueno, tanto para la convivencia nacional como para la protección del medio ambiente, que los ambientalistas y las empresas se dieran la mano y juntos acometieran el gran proyecto ambiental, que es limpiar el fondo marino de las costas de la Séptima y Octava Región.